

— No, dijo el jefe meneando la cabeza con energía, no me he explicado; usted puede hacer en un avío dos mandados: descansa, se cura, se repone, y al mismo tiempo está pendiente de los sucesos de todo el rumbo. Mucho me puede servir, y cuando esté listo, vuelve á sus banderas.

— Siendo así, no tengo escrúpulo ninguno.

Desde San Juan de los Lagos avisé mi llegada, y mis hermanas me enviaron avío hasta Villapobre; un grupo de amigos y admiradores (que también tenía admiradores) me recibió en la hacienda de la Tristeza, y desde allí fué engrosándose el convoy, de manera que cuando llegamos á Tlaxochimaco, metíamos más ruido que un ejército en plenas maniobras.

Las mujeres se asomaban á las ventanas, los muchachos suspendían sus juegos en las plazuelas, los hombres se detenían en medio de la calle, y todos decían: «Es Juanito Pérez, que viene al pueblo á ver á su familia.»

Por una costumbre fielmente observada, que obedecía en parte á la curiosidad y en parte á la sencillez, el pueblo todo ocurrió en masa á celebrar mi arribo. Era natural; todos los viejos eran ó se llamaban mis tíos, todos los mancebos de mi edad eran ó se llamaban mis primos, y todos los que tenían menos años que yo eran ó se llamaban mis sobrinos. Los que no entraban en esas categorías se numeraban en las de amigos de mi padre, condiscípulos ó simples conocidos míos.



... el pueblo todo acudió en masa á celebrar mi arribo...

El presidente municipal lo era mi tío don Angel de Luque, hombre de una indigencia intelectual tan grande, que todo su saber en fórmulas sociales se reducía á «¿Cómo está usted? Bien, gracias.» Y luego seguía repantigado en la silla que primero encontraba, sin atreverse á soltar palabra y oyendo sólo con ademán de espanto las que decían los otros.

No era así don Pedro Ruiz Gómez, el comerciante más rico del pueblo. Cuentan fidedignos autores, que el don Pedro ejerció en sus mocedades un oficio que tiende á convertir á los cerdos en tenores, haciéndolos de paso incapaces de reproducirse en ejemplares de su especie.

Parece que después, merced á su matrimonio con la viuda de don Juan de Rosas, vieja más fea que el golpear á María Santísima y más rica que el galeón de Filipinas, salió de pobre el antiguo castrador de puercos, y que más tarde, por el agio y el contrabando, redondeó sus caudales y llegó á ser el más rico del lugar.

A don Pedro, en sus tiempos de pobreza, le estorbaba lo negro como si fuera espinas que le pincharan los ojos; después se aficionó á la lectura, y pescando aquí un trozo de sermón, allá un editorial de periódico y en la otra parte una frase de conversación fina, había acumulado, como él decía, un léxico verdaderamente rico y pintoresco.

En los primeros tiempos su ciencia se reducía á poca

cosa: reconozcamos sin apasionamiento, viva quien venza, no hay libertad sin orden, no involucremos las cuestiones, el mundo marcha y quien se oponga será aplastado, abajo caretas, y otras cosas así, constituían su caudal.

Después, mediante el galeotismo del *Diccionario de la Conversación*, y de la *Enciclopedia de Moreri*, el hombre se puso insoportable por su sabiduría. Ya empleaba lo del *tonel de las Danaides*, *la vida es sueño*, *no se sabe si son galgos ó podencos*, *vamos á cuentas y no á cuentos*, y algo más.

Cuando le volví á ver en 1856, estaba en la edad de *sans façon*, *comment ça va*, *velis nolis*, *quare causa*, *coram populo*, *in illo tempore* y *amicus Plato sed magis amica veritas*.

En los días de mi llegada se hallaba el hombre ocupado con los antiguos mexicanos—los nahoas, como les llamaba,—y todo era *calpixques*, *cuauhxicallis*, *tzompantlis* y no sé qué otros voquibles.

Se fueron retirando de la casa de mi hermana, la mujer de Naranjo, donde me habían alojado, todos los parientes y amigos, y sólo se quedó don Pedro.

—¿Sabe usted, me dijo, que se acaban de descubrir minas muy importantes, aquí como quien dice á nuestras puertas...? Pues sí, señor; parece que se trata de una fortaleza, de una verdadera fortaleza... ¿Y qué se sabe? ¿Es cierto que Degollado ha propuesto á Miramón una suspensión de hostilidades? Á mí me parecería muy conveniente, pues la verdad, no juzgo digno ni justo que se

prolongue hasta las *calendas griegas*, *sine die* esta guerra intestina que destroza la parte más floreciente de nuestro rico país... Porque, hablemos claros; la cuestión de principios es aquí incidental, *si se atiende al rápido y enorme menoscabo que sufre la pública riqueza*... Aquí, más que de libertad ó de religión y fueros, necesitamos de colonos hábiles y honrados, de buenos artesanos y de muchas máquinas que hagan prosperar los elementos de esta patria tan digna de mejor suerte... Cuando la mensajera del progreso, coronada con su *penacho de humo*, corra por las *paralelas de acero*, seremos dichosos, muy dichosos... Yo me inclino á las doctrinas liberales, que vienen de la enseñanza del mártir del Gólgota, de ese hombre insigne que en la cima del monte de la Calavera *selló con su sangre los ideales modernos*. ¿Pero acaso es lo único la libertad? No, no hay que involucrar las cuestiones ni que salirse por la tangente; *la línea recta es la más corta que puede trazarse de un punto á otro*, y quien no la sigue caerá al abismo; mire usted á Comonfort, mire usted á Zuloaga; volví la vista y el malvado ya no era... *Digitus Dei est hic*...

Aquí llegaría de su perorata mi elocuente paisano, cuando empecé á sentir que me cerraba los ojos una fuerza invencible; planchas de plomo gravitaban sobre mis párpados y me impedían levantarlos... Al mismo tiempo un letargo poderoso, dulcísimo y acariciador me invadía todo el cuerpo.

Entre los limbos del sueño oí que el maldito organillo decía en tono oratorio: México tuvo reyes legisladores y reyes poetas... tuvo héroes como los de Homero... tuvo artistas... midió el tiempo mejor que los caldeos... levantó pirámides más grandiosas que las de Egipto... sus ciencias y sus artes se las envidian los europeos... es el país que ha producido más plata... sus minas... el barón de Humboldt...

No supe á qué hora se despediría ó si se marcharía sin despedirse el insoportable charlatán; ello es que yo amanecí en mi cama tranquilo y contento, pero teniendo aún en el oído el rumor del moscón que me había dado serenata.

Por supuesto que mis paisanos no se habían descuidado, y al maldito hablador le llamaban con un mote sacado del Padre Ripalda: «don de sabiduría».



CAPÍTULO II

Un cura jacobino

PARECE locura, pero nadie se lo pudo quitar de la cabeza; se empeñó y se empeñó, se le puso como sombrero, y allí tienes á la pobre muchacha metida en lo más agrio de la sierra de Cuauchichila. El rancho se llama la Silleta y es lo más feo, triste y desamparado que hay por ese rumbo.

— Pero don Crescencio, en sus haciendas, podría haber armado una brigada de mozos, y ni quien se le parare enfrente.

— ¿Sus, dices? Si ya no tiene más que Cruces; lo demás está empeñado, hipotecado ó no sé qué. Le debía á la Iglesia miles y quimiles; y prefirió acabar casi con todo por salvar el solar de su padre.

— ¿Y Trini?

— Que no te olvida, y que si tú no la dejas, se ha de